

www.elboomeran.com

Tommaso Landolfi

Cancroregina

Traducción de Flavia Costa y Rodrigo Molina-Zavalía



Adriana Hidalgo editora

Landolfi, Tommaso
Cancroregina - 1ª ed.
Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora, 2013
94 p.; 19x13 cm (narrativas)
Traducido por: Flavia Costa y Rodrigo Molina-Zavalía
ISBN 978-987-1923-18-2
I. Narrativa italiana I. Costa, Flavia, trad. II. Molina-Zavalía, Rodrigo, trad. III. Título
CDD 853

narrativas

Título original: *Cancroregina*
Traducción: Flavia Costa y Rodrigo Molina-Zavalía

Editor: Fabián Lebenglik
Maqueta original: Eduardo Stupía
Diseño: Gabriela Di Giuseppe

1ª edición en Argentina
1ª edición en España

© 1993 Adelphi Edizioni by ADELPHI EDIZIONI S.p.A., Milano
www.adelphi.it

© Adriana Hidalgo editora S.A., 2013
Córdoba 836 - P. 13 - Of. 1301
(1054) Buenos Aires
e-mail: info@adrianahidalgo.com
www.adrianahidalgo.com

ISBN Argentina: 978-987-1923-18-2
ISBN España: 978-84-15851-02-8

Impreso en Argentina
Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.

COLOFÓN

I

...23 de marzo de 19...

Estos aparejos retorcidos o lustrosos, estos botones, estas llaves, estas palancas, estos complicados sistemas, racimos, haces, marañas de elementos de acero, de vidrio y vaya uno a saber de qué otra cosa; estos cuadros estas transmisiones estas distribuciones estas señales luminosas estos indicadores estos cuadrantes; estas articulaciones, estos ensambles y juntas; en una palabra, toda esta maquinaria infernal brilla cruel frente a mí, reconocible en sus más diminutas piezas por la luz blanca, espectral, que aún despierta pequeñas y vagas sombras azulinas, parecidas a las breves sombras de mediodía estival que, con un engaño similar, hablan de reposo, de esperanza, en aquel otro mundo tanto más vasto e igualmente estrecho... Oigo el habitual, ininterrumpido zumbido agudo, sibilante, que sólo por momentos sale del tono fino para superar el poder de percepción de mi oído y para perderse en una inaprensible, muda vibración sonora.

La Tierra está debajo de mí siempre más o menos en la misma actitud, con la misma mueca quiero decir,

delineada en su rostro por el continente en el que nació, Europa; mueca del paso de las nubes, incesantemente velada y develada, en ocasiones alterada, contraída, pero en sustancia la misma, así como es constante la expresión general de un rostro humano presa de sus emociones. ¡Oh!, ¿no podría al menos estar condenado a contemplar una parte de esa Tierra que fuera desconocida para mí, y menos odiada?

Sobre mí, la Luna, la romántica Luna... que nunca inspiró tanto horror con su cara absorbente, hipnótica, blanca y negra, con sus desaforados remolinos de piedra calcinada.

El cadáver del muerto me persigue implacable.

Y bien, ahora que todo aquello que podía suceder ha sucedido de golpe, siento la necesidad de contar esta historia, de contarla desde el principio. ¿A quién, y por qué? ¿Para justificarme quizás? ¿Y de qué? ¿A quién, digo, debería enviar este mensaje? E incluso en el supuesto caso de que llegara a los hombres, ¿qué utilidad podrían obtener de él?

No lo sé, no me importa saberlo. Tal vez porque deberé fingir que tengo un lector estaré menos solo, y con eso basta. Tal vez estaré más solo, y será mejor aún: eso acelerará el inevitable fin, esto me dará el coraje de...

*

Estaba solo y desconsolado. Mis enormes pérdidas en el juego y mis graves desilusiones amorosas, para no hablar de las otras, me habían confinado al pueblo y a la antigua casa de mis padres. No tenía esperanzas: aquellos no eran episodios excepcionales de mi vida, sino sus manifestaciones naturales; una profunda impotencia, la mía, me impedía cualquier tipo de trabajo; acariciaba un plan loco, me eternizaba considerando su posible, su próxima, su cada día más ineludible realización. El mundo me parecía sin sentido y, al menos para mí, sin porvenir: me preparaba, o al menos habría deseado prepararme, para dejarlo...

Una noche (pero ¿cuánto tiempo hace, en qué remoto pasado ha ocurrido todo esto?), mientras, como en *El cuervo*, estaba *weak and weary*, inmerso en la lectura de un viejo libro, o, a decir verdad, lo sostenía estúpidamente ante mí sin leer ni una coma, golpearon a mi portón. Vivía solo y no acostumbraba abrirle a nadie. Pero la hora insólita y no sé qué secreto sentido me indujeron aquella vez a no respetar mis hábitos. Entró un hombre al que no conocía, quien, después de un breve saludo y sin más explicaciones, se me adelantó escaleras arriba. Me asusto con facilidad y no osé retenerlo por la fuerza: interpose unos débiles reparos a los que no dio mayor importancia. “Cierre rápido, por favor”, dijo, “y vaya delante de mí”. Como un dominado, obedecí.

Bajo la luz, el desconocido me pareció un hombre de fuerte complexión y de rasgos marcados; bigotes negros le ocultaban el labio superior; su voz tenía un buen timbre; debía de tener no más de cuarenta años. Se dejó caer en una silla junto a la mesa y parecía no recordar para nada el motivo que podría haberlo conducido hasta mí, ni siquiera pensaba brindarme aclaraciones de ningún tipo. El sentimiento que me dominaba era el miedo, o peor aún, el más loco terror, si bien nada en su comportamiento lo justificaba. De todos modos, una antigua costumbre de observar me hizo advertir muy pronto en él, a pesar de toda su presuntuosidad externa, una suerte de profunda gentileza o incluso debilidad que, si bien de algún modo se correspondía con aquel aspecto, volvió a darme coraje. Si hubiera conocido su verdadera razón, sin duda habría perdido el poco que me quedaba. Sus ojos brillaban de manera extraordinaria.

Con mano nerviosa hojeó el libro que se encontraba abierto sobre la mesa e hizo varias observaciones eruditas sobre el tema. Tenía un aire de quien, en un tono un tanto vago, como cuando se tiene mucho tiempo y no se tiene nada mejor que hacer, retoma con un viejo amigo una conversación interrumpida poco antes. “Señor...”, comencé a decir aprovechándome de una larga pausa. Me interrumpió para reanudar cierta argumentación que, por lo

demás, no concluyó. En la mejor parte interrumpió una frase a medio camino y, sin mirarme, dijo suavemente:

“Señor, yo estoy loco”.

“Lo estoy para los otros”, se apresuró a agregar ante algún gesto involuntario de mi parte, “espero no darle a usted la misma impresión”. Y me miró un instante con una especie de tímida sonrisa. “He... escuchado hablar de usted. Leí un libro suyo. ¿A quién más podría recurrir por aquí? Usted me escuchará, de eso estoy seguro... O más bien estoy loco de veras; o no lo estoy, según lo que se entienda con esa palabra. Pero no será usted quien tenga miedo de las palabras, quien les atribuya más importancia de la que merecen. Y ni siquiera de las ideas que expresan. No le teme a nada, lo veo. Es un sabio”. ¿Me engañaba o había algo de irónico en el centelleo por cierto no natural de sus ojos?

“Escúcheme bien”, retomó. “Esta misma noche me he fugado del manicomio de...”, y nombró uno bien conocido de la región. “Hacía dos años que esperaba una ocasión como esta, y entenderá bien que debo apresurarme a sacar provecho de mi recobrada libertad. Ellos nunca quisieron, durante todo este tiempo, dar crédito o tan sólo escuchar todas las explicaciones y revelaciones que, con la mayor de las calmas (ya que no estoy loco, lo he dicho), me esforcé en proporcionarles. Ni siquiera han querido creer

en la existencia de mi criatura. Les señalaba el lugar preciso donde estaba escondida y se reían y se encogían de hombros, cuando los más bajos y vulgares no recurrían a sus métodos para hacerme callar. Les suplicaba que la buscaran, que la dieran a conocer para el bien del resto de la humanidad, que no para el mío propio; yo me habría contentado con permanecer toda la vida en aquella horrible cárcel, entre aquellos infelices privados de cualquier luz de razón, si tan sólo ella, mi criatura, hubiese podido mostrar a todos los hombres de buena voluntad nuevos caminos, caminos para los cuerpos, entiéndame bien, y para los espíritus; sólo con que hubiese iluminado al mundo entero, en particular al pequeño mundo de los reflexivos buscadores de la verdad, con los principios que la habían generado y le habían dado forma; que podían, que inevitablemente deben encontrar una más vasta aplicación en un futuro muy próximo. ¡Ay de mí! Con ellos todo fue en vano. Yo no sé, no puedo saber después de qué acto (ya que en este, nuestro mundo, sólo se castigan los actos, y sólo estos se temen) había sido destinado a ese lugar, donde me encontré luego de haber estado durante mucho tiempo inconsciente. Pero ese acto debe de haber sido sin duda violento, inconsulto o al menos contrario a las reglas de esta bien nacida sociedad, si bien no pudo no haber estado justificado; es más, debe de haber sido de una gran violencia (porque estoy loco,

lo he dicho), de esas que de ninguna manera pueden perdonarse porque ponen en riesgo la mismísima conformación de la preciosa raza humana, y a partir de la cual ellos de seguro quedaron golpeados y asustados, al punto de juzgar que ineluctablemente todos mis actos o razonamientos subsiguientes serían de la misma naturaleza. En fin, usted sabe bien que a un loco no se le reconoce el derecho de revelar la verdad, mucho menos de demostrarla, ya que todo el edificio de la razón se desmoronaría; y al igual que Galileo, por dos años les mostré en vano un telescopio en el que no quisieron poner el ojo”.

Bajo aquella inundación de palabras me quedé como ahogado, si bien un cierto sentimiento ya se insinuaba en mí. No tenía fuerzas para interrumpir a quien hablaba, ni el coraje... y ni siquiera el deseo.

“Ahora, la idea que intentaba hacerles evidente es como mínimo simple, y rápidamente la expongo: si el tiempo, como ya fue aclarado, por los poetas bastante antes que por los hombres de ciencia, en particular por uno de ellos, el cual fue más que poeta y más que hombre; si el tiempo es un método, un concepto al que no le corresponde ninguna realidad física, una interpretación; si el tiempo y el espacio son, y reponga aquí la anterior oración, una única y la misma cosa, ¿por qué por lo tanto no sería también el espacio un método, un concepto, una interpretación? Se entiende que la pregunta

es sólo retórica. Y bien, no quiero aburrirlo con pasajes y consideraciones especiales de orden, en su mayoría, estrictamente físico o matemático: usted, por lo demás, que no está en el tema, no podría seguirme. Basta con que sepa que a la luz de este principio, o en particular de su configuración física, quedan por completo subvertidas, incluso pierden su significado, todas las creencias, por lo general aceptadas hasta ahora, relativas a la densidad de las atmósferas planetarias, a la naturaleza del éter cósmico y a tantas otras cosas. Y que el resultado práctico y tangible de esto, que representa apenas un comienzo, es precisamente mi criatura; una máquina, o un vehículo o como quiera llamarla, capaz en teoría de surcar cualquier espacio interplanetario y, ¿por qué no?, intersidereal: de hecho y sin duda, capaz de cubrir la distancia que nos separa de nuestro satélite”.

Aquí el desconocido hizo una pausa, no ya para juzgar el efecto de sus palabras, dado que sus ojos se dirigían a otra parte y parecían mirar a la lejanía, sino más bien como aquel que ha llegado al punto más importante o más difícil de su discurso. Hizo una pausa, y yo habría deseado que continuara sin demora: aquel sentimiento ya me fascinaba y dominaba despóticamente. Puesto que había entendido hacia dónde conducía ese preámbulo. Dije, sin embargo, sin poder evitar tartamudear:

“Estoy feliz por usted y, dado que le complace, por la humanidad toda, del bello resultado. ¿Pero cómo entro yo en esta historia?”.

“¿Su intención es preguntar qué espero de usted?”, respondió, mirándome fijo esta vez. “Esto también se lo digo de inmediato. Me dispongo a ir a la Luna; por numerosas razones no puedo ir solo, ¿no le gustaría acompañarme?”.

Pues bien, era evidente que tenía frente a mí a un loco, y de la clase más peligrosa: la de los locos razonantes. Ni siquiera creía en sus descubrimientos, por físicos o metafísicos que fueran; mucho menos en la existencia de su criatura, como él la llamaba. Sin embargo, más allá de la consternación que la situación podía implicar, ¿qué tenía para perder? ¿No me preparaba acaso, o no me esforzaba por prepararme, para dejar el mundo? Y he aquí que él parecía haber comprendido mi intención y querer favorecerla, si bien de un modo, para mi sorpresa, literal. Y, por otro lado, ¿no era todo mejor que aquella vida mía, y quizás incluso mejor que la muerte, que yo anhelaba? Peor que como estaba no me iba a ir. Fuera lo que fuera su máquina, yo estaba desesperado, y él me hablaba de esperanza, al menos de novedad; yo aborrecía la existencia entera, y él por un mero azar se ofrecía a reconciliarme con ella, aunque sólo fuera haciéndome creer en algo, ayudándome a superar, si bien no de manera material como pretendía,

los estrechos límites en los que me debatía como en una cárcel oscura. Por lo demás, ¿era tan evidente que se trataba de un loco? A decir verdad, aún no lo había demostrado de modo irrefutable. ¿Y todos los hombres geniales, los audaces iniciadores, no habrán parecido, en un primer momento, locos como él o incluso más? Y además, era más que cierto que de los hombres cuerdos, o considerados tales, no podía esperarme nada bueno: ¿si probaba con los locos?

Al mismo tiempo, una extraña fuerza de persuasión estaba contenida, más que en sus palabras, en su ser entero. Tampoco excluiría que su ascendente sobre mí pudiera verse favorecido por cierta afinidad secreta entre ambos, en términos más simples que cualquier latente locura mía. Añadiré, por último, que ir a la Luna había sido una de las grandes ambiciones de mi adolescencia, como, entiendo, debe de haber sido la de muchos hombres apenas provistos de intelecto y de sentidos vivaces. El desconocido se había batido, en definitiva, en un terreno especialmente favorable.

No se explicaría, de otro modo, cómo frente a semejante propuesta no alcancé a hacer siquiera el gesto de sobresaltarme, sino que, por el contrario, ella me infundió tanta seguridad.

Yo no le respondía, sin embargo, y a su vez, sin dejar de mirarme fijo con ojos ardientes, él también callaba.

“¿Querría al menos decirme”, pidió al fin, de manera un poco brusca, “si es la idea misma de viajar a la Luna lo que lo deja perplejo, o si a su vez duda de mis medios y, en general, de cuanto le he expuesto?”.

Se trataba de cualquier modo de un loco, y debía tratarlo con los recaudos del caso, pero al mismo tiempo, puesto que era un loco inteligente, no debía demostrárselo. O sea, debía tratarlo casi como a un hombre razonable.

“Yo no dudo de nada”, respondí en consecuencia, “pero comprenderá muy bien que su propuesta no es de las más comunes y que la decisión que me solicita es de esas... eh... eh... que tienen gran importancia en la vida de un hombre... Así que...”.

“Lo comprendo, sí”, dijo más sosegado, “en otras palabras, necesita mayores garantías antes de decidir sobre una cuestión tan relevante. Más que justo. Y bien, dígame apenas si estaría dispuesto a venir a la Luna si le asegurase y mostrase que estoy en condiciones de hacerlo, no sólo que tendrá un feliz viaje y una feliz estadía, sino también un rápido regreso si esto le conviene. El resto es asunto mío: verá que sabré convencerlo con respecto a estas dos posibilidades... ¡qué digo!, certezas”.

Planteada la situación en estos términos, no se podía responder, o al menos yo no podía responder, otra cosa que:

“Ir a la Luna, en sí, no me resulta algo lejano, le confesaré incluso que es uno de mis mayores deseos. Pero... para comenzar, ¿dónde se encuentra esta criatura o máquina suya?”.

“Si se trata sólo de eso...”, respondió con suavidad. “Ella está a buen resguardo en un lugar de esta región, adonde aquellos a quienes se lo rogué durante dos años no han estado dispuestos a ir: donde ningún otro la alcanzará, excepto yo mismo, excepto nosotros dos, si ya puedo atreverme a decirlo. ¿Qué hora es?”, exclamó poniéndose de pie con un ímpetu repentino. “Todavía no es medianoche, ¡vamos! Llegaremos al lugar antes del alba. Se dará cuenta de que no debemos ser vistos de ninguna manera; dado que no podremos partir de inmediato, necesitaremos hacer preparativos, reunir provisiones, controlar algunos aparatos; partir en esta gran, extraordinaria expedición... Señor, ¿no siente su corazón latir de manera impetuosa, su pecho henchirse con el aliento de otro mundo?”.

Ahora parecía presa de la fiebre y se movía inquieto por la habitación. Se detuvo abruptamente mirándome con un aire casi amenazador.

“Pero usted no me ha dicho todavía si... resumiendo, ¿se decide o no se decide?”.

Con mi cobardía habitual, quise ganar un poco más de tiempo.

“¿A qué distancia estaría... está, el lugar?”.

“A cuatro horas caminando, tal vez ni siquiera tanto si vamos a buen ritmo”.

“Y... ¿hacia dónde?”.

“¡En la montaña, qué diablos! Fue allí que, día a día, antes del desgraciado incidente, ocultándome en el lugar o alcanzándolo noche tras noche durante muchos años, construí pieza por pieza, generé, diría, a mi criatura... ¿Entonces?”.

He dicho ya que no creía en la existencia de esta criatura. De ahí que acompañarlo, si bien aquella salida nocturna no se adecuaba del todo a mi cobardía y pereza, no me parecía un acto demasiado exigente, y hasta era otra manera de hacer tiempo (¿pero respecto de qué?).

“Entonces, vamos”.

Con un aullido de alegría se precipitó hacia la puerta. Y así fue que partimos a aquella singular expedición.

*

Cruzamos varios valles y laderas; sólo la luz de las estrellas nos iluminaba, bien o mal, el camino. Avanzábamos casi en silencio. Pero a dos horas del pueblo, la montaña fue haciéndose más áspera y salvaje, y sus bosques, prácticamente impenetrables. Sin embargo, él parecía conocer hasta el más mínimo pasaje entre las marañas y las rocas, y de ese modo la ascensión continuó de manera veloz. Desde arriba de una colina

distinguimos en cierto momento la luna menguante que, apenas salió, mordisqueada y herrumbrosa, parecía revolverse sobre el fondo de un valle remoto. Aquella vista nada reconfortante excitó, en cambio, a mi compañero, como si se tratara de una visión radiante. Y comenzó a decir:

“Observe nuestra meta: no pasará mucho tiempo hasta que la hayamos alcanzado. La Luna será nuestra. Y nosotros, ¿lo ha pensado?, seremos los primeros en tocar aquellas remotas orillas. Los únicos no, pues deseo que todo el género humano, si bien no lo merece en absoluto, se beneficie de mi maravillosa invención y de todos mis otros descubrimientos. Pero en fin, únicos habitantes humanos del astro de plata (que, como a propósito, en ese momento era del cobre más vil y sucio), podremos quedarnos hasta que nos plazca, a la espera de que el mundo nos rinda los merecidos honores, entre tanto, señores de vastísimos dominios. Desde allí arriba le enviaremos un mensaje al mundo y... por cierto, ¿dónde le gustaría establecer su primera morada: en el Lago del Sueño o en el Mar del Néctar? Bromeo, se entiende, sobre todo porque esos mares y lagos lunares no son cuencas secas, como todo el mundo cree, sino verdaderas y propias extensiones de agua. Perdóneme incluso si me dejo llevar por la emoción y el entusiasmo: estos sentimientos, después de todo, le parecerán naturales en alguien que como yo...”.

Y así siguió. Pero se calmó pronto y, después de unas extrañas divagaciones sobre la toponomástica lunar, su discurso tomó un andar paciente y casi científico, como un maestro que tiene que lidiar con estudiantes duros de entendederas o crasamente ignorantes, clase a la que yo, por otra parte, pertenecía. Entre otras cosas, fue añadiendo algunas observaciones sobre la constitución física de la Luna y burlándose precisamente de la universal opinión de los astrónomos según la cual ese cuerpo celeste se encuentra desprovisto de atmósfera. Sobre su existencia él no tenía, en cambio, duda alguna, aun admitiendo que esta pudiera, incluso debiera, presentarse muy enrarecida. Se desprendía de lo que decía que había tomado todas las precauciones para el caso de que sus relevamientos y sus cálculos resultaran equivocados, precauciones sobre las cuales se comprometía a darme las explicaciones correspondientes a su debido tiempo. También mencionó su esperanza, sustentada, decía, en sólidos datos, de encontrar allí arriba no el desierto, sino una floreciente civilización.

El punto para mí más preocupante de esas parrafadas era que él ya me considerara totalmente comprometido con la misión y su compañero indiscutido. Pero el tiempo y las circunstancias decidieron y me ayudaron.

Habíamos llegado así al pie del más excelso arco de nuestro macizo. Que se presenta como una masa

confusa de picos, rocas y crestas inaccesibles o casi inaccesibles, muchas veces enrolladas, estas últimas, y replegadas en forma de anillo o cráter, formando unos gigantescos nidos de piedra, en muchos de los cuales hay un pequeño glaciar. El pico mayor, llamado Cuerno del Diablo, elevado por sobre los demás en forma de torre en ruinas o, para mayor precisión, de diente cariado, es, o era hasta hace poco tiempo, considerado inexpugnable debido a cierto paso demasiado peligroso; inexpugnable al menos para el común de los hombres. De ahí, por otra parte, que tuviera sobre él tan sólo una vaga información, y en efecto nunca había subido hasta allá arriba. De hecho, aquella escarpada región montañosa, a juzgar por lo que ahora alcanzaba a entrever, era más apta para las águilas que para los hombres.

Y fue justamente aquel Cuerno del Diablo, apenas enrojecido por el brillo de la Luna, el que mi compañero me señaló, diciendo:

“En menos de una hora habremos llegado. Manténgase bien cerca de mí y sígame paso a paso; el camino es difícil, pero no llega a ser peligroso”.

(Yo que ya me encontraba al final de mis fuerzas, ¡y sólo había intentado seguir sus pasos!).

Reanudó entonces su marcha por el sendero rocoso, seguido por mí, que le pisaba los talones; luego de una corta distancia encaró uno de aquellos picos de manera oblicua, haciendo un camino propio, y para

reducir la fatiga del ascenso. Pronto, sin embargo, desapareció, o, mejor dicho, desaparecimos en una grieta donde fue necesario utilizar las manos y donde alcanzamos, si no me equivoco, lo que los alpinistas denominan una saliente. Y de esa manera, un poco con las manos y un poco con los pies, un poco escalandando y un poco atravesando en diagonal las laderas del pico, le dimos casi una vuelta entera en espiral. Pero otro pico nos esperaba, el primer conjunto de una horcajadura, y seguidamente otros, cada vez más intrincados y difíciles. En este camino aéreo y en estos pasajes vertiginosos, yo recibía en parte la ayuda de la escasa luz, que me ocultaba la dimensión del peligro y la profundidad del abismo en cuyo borde nos paseábamos; luz débil que, por otra parte, volvía un poco más horribles todos los detalles, tanto de cerca como de lejos, de aquel ya de por sí siniestro paisaje. A menudo me encontré como suspendido de un abismo cuyas paredes la Luna iluminaba de rojo pálido hasta una cierta profundidad, dejando el fondo inmerso en una tiniebla casi leonada; pero antes de que mi ojo inconteniblemente ávido de horror hubiera sido capaz de penetrarla, ya me encontraba un tramo más allá, y así avanzaba en una suerte de inconsciencia. Se entiende, no obstante, que jadeara como un fuelle y que me viera forzado a menudo a rogarle a mi acompañante, quien por su parte no parecía resentirse por la fatiga, que aminorara la marcha.

Casi a cada paso descubríamos nuevas y confusas perspectivas. El cuerno mayor, que parecía al alcance de la mano, si bien aislado por un vacío inmenso, había perdido gran parte de su soberbia y de su altura. Hasta que alcanzamos la margen de una amplia hendidura o grieta que, por ambos extremos, se alargaba sin que se pudiera ver su fondo y nos interrumpía el camino. Pero muy pronto un remoto murmullo de agua de una insondable profundidad me golpeó el oído, y, fijando los ojos en la penumbra, allí abajo me pareció distinguir un lejanísimo espejo de agua. No es necesario que me extienda demasiado: la montaña, por efecto de algún formidable movimiento telúrico, estaba en aquel sitio calada hasta la base, y el orgulloso Cuerno del Diablo, separado por completo del resto de la cadena. Era por lo tanto, este, un pasaje obligado. Estimé que el largo promedio de la grieta mediría no menos de cinco metros.

“Un último esfuerzo”, dijo cándidamente aquel hombre de hierro, “un último esfuerzo y habremos llegado. Del otro lado, lo que queda de pendiente es un juego de niños”.

Pero yo estaba preso de un terror irrefrenable y, además, de una gran languidez. Me preguntaba demasiado tarde qué hacía, después de todo, en lo más alto de aquellas montañas salvajes, por la noche, solo con aquel demente, en busca de una quimérica máquina voladora, y asimismo maldecía en vano la

ligereza o la desesperación que me habían llevado hasta allí. Entre tanto, retrocedía inconteniblemente del abismo, tan espantoso como estrecho, y estaba bien decidido a regresar por donde había venido, en lugar de intentar aquel paso que, por otra parte, no veía de qué manera se habría podido intentar. En ese punto, mi compañero no dejaba de confortarme, insistiendo en que había una forma de superar la grieta; y yo, clavando los pies en el suelo como una mula a una distancia prudencial, no quería escuchar razones. Por fin él, viendo que todo intento de persuadirme era inútil, me dijo con brusquedad, mirándome con ojos fulgurantes:

“Señor, no tenemos mucho tiempo para perder, entre otras cosas se acerca la madrugada y desde aquí seremos visibles para toda la región inferior. Entonces, ¿qué prefiere, seguirme sin peligro o terminar en el fondo de este abismo?”.

“Po... podría ser usted quien termine allí”, repliqué horrorizado, castañeteando los dientes.

“Sí, sí, claro...”, farfulló mientras se abalanzaba sobre mí como si fuera a comenzar de inmediato la lucha.

“¡Eh, cálmese, qué diablos! Sea razonable, ¿de qué condenado modo propone que lleguemos allí?”.

“¡Pero si se lo estoy diciendo hace un buen rato y no me quiere escuchar! Del modo en que lo hice las innumerables veces que vine antes”.

Diciendo eso y viéndome, si no consintiente, apaciguado, se alejó unos pocos pasos y comenzó a buscar entre el pedregullo detrás de una roca, hasta sacar una cuerda enrollada.

“Para empezar, aquí tenemos una cuerda. Ahora deme una mano”.

De una profunda hendidura debajo de otra roca, cubierta por piedras, extrajimos dos largos troncos que eran, de hecho, dos ramas de pino. Manejándolos como si se tratase de gajitos, desplazó uno de los troncos hasta el borde opuesto de la grieta, es decir, de modo que la atravesara, colocando uno de los extremos en una pequeña ranura sobre nuestra margen, y afirmándolo con piedras para formar una cuña e impedir que se desplazara; al otro tronco, encastrado en una estribación de la pared opuesta, lo dejó caer contra nuestro lado, de manera que este quedó un poco por debajo de la arista de la roca, algo oblicuo pero sólidamente ubicado entre las dos paredes. Entonces enrolló la cuerda alrededor del primer tronco atándole la punta con un amplio ojal; por fin, volviéndose hacia mí con el resto de la cuerda en las manos, dijo:

“Pasaré primero. Esté bien atento al modo en que me amarro; en instantes, deberá hacer otro tanto usted solo. Sobre todo –agregó amenazante– no intente huir; sería inútil: lo alcanzaría en un santiamén y...”.

Se ató la cuerda debajo de las axilas y luego debajo del torso en una especie de improvisado arnés.

Cayó sobre el pino inferior y, así anclado al superior, haciendo desplazar rápidamente el ojal de la cuerda a lo largo de este, en menos de lo que canta un gallo, con la agilidad de un mono, había pasado del otro lado.

Desató la cuerda, desde el abismo me la arrojó enrollada invitándome a repetir la operación sin demora.

Este era definitivamente el momento más propicio para huir y por un instante tuve la idea de hacerlo. Pero el endemoniado era capaz de regresar incluso sin la cuerda. Además, su método me convencía y, en verdad, según sus dichos, no presentaba peligros; lo peor que podía sucederme era quedar suspendido de la cuerda en el aire a medio camino, como una araña, pero, en tal caso, él me habría prestado su valiosa ayuda. Comenzaba de hecho a tener una gran confianza en él; y en instantes aseguré la cuerda lo mejor que pude al pino, me até a ella, y descendí temeroso en la improvisada pasarela.

Tenía los ojos cerrados. La travesía anduvo bien, hasta el momento en que tenía que llegar a la margen opuesta, cuando, no hace falta decirlo, no hice pie y resbalé con la mano; y sin lugar a dudas me habría tocado la peor de las desgracias de no haber sido por él, que me agarró por las solapas y sostuvo todo el peso de mi cuerpo con un solo brazo.

Quitó los pinastros y con el rostro feliz, transformado, dijo:

“Me perdonará si del otro lado he debido hacerle sentir miedo; pero escuché decir que con los principiantes es necesario actuar así”.

Retomamos la senda cuesta arriba por el amansado Cuerno del Diablo, lo cual de hecho no resultó demasiado difícil.

Estábamos a punto de llegar, según lo que él decía, al refugio de su criatura. Ahora, llegado aquí, ¿creía yo en la existencia de ella (si así debo decirlo), o al menos de alguna otra cosa? Era realmente incapaz de darme una respuesta; sin embargo, eso ya era de por sí una media respuesta. En todo ese tiempo todavía no había podido decidirme acerca de la salud mental de mi acompañante o, mejor dicho, de qué clase de loco se trataba. Digamos, ¿me había traído hasta aquí arriba sólo siguiendo una fantasía? Y por otra parte... en el fondo, no había en aquel momento ninguna otra parte, a excepción de la incontrolable resistencia de la razón a creer en cosas maravillosas. A fin de cuentas, frente a él, yo estaba (salvo por la curiosidad) en una postura espiritual no participativa, crítica o judicial: me limitaba a esperar esta prueba para decidir si, repito, se trataba de uno de esos locos que son los faros de la humanidad, y que los llame locos el que quiera, o bien un simple y, por lo tanto, peligrosísimo visionario. En el primer caso, todo estaba, bien o mal, en su lugar. En el segundo... eh, ya no era el momento de andar pen-

sando qué habría acontecido en el segundo caso. Y aunque hubiera habido tiempo, ¿a qué habría llevado tal pensamiento, si impredecibles por definición debían de ser tanto sus propósitos al conducirme hasta aquí arriba cuanto sus ulteriores acciones?

A causa de mi lentitud, estábamos retrasados respecto del tiempo previsto: una luz violácea, presagio del alba, comenzaba a difundirse por el aire y las estrellas palidecían. Cuando llegamos a la cima del cuerno, le dimos la vuelta horizontalmente o, como suele decirse, en curva de nivel. Alcanzamos así una gran abertura en la pared rocosa de la cumbre, envuelta en forma de cono, que era la entrada al glaciar. El cielo clareaba cada vez más: era de día. Encima de nosotros una gran cantidad de nubes lechosas nos impedían la vista y en verdad nos apartaban del mundo. Pero aquí el día no era saludado por ninguna voz satisfecha: un silencio imperturbado y grave reinaba entre esos picos calinosos. Deteniéndose en el umbral de la inmensa puerta y extendiendo los brazos al oriente, mi compañero rompió en una exclamación exultante.

“Lejos”, dijo, “lejos a nuestros pies está el mundo. En poco tiempo estará aún más lejano. ¿Dónde están esos, los ciegos que sin duda ya a esta hora me están buscando afanosamente? ¿Dónde, sus acreedores?”. (¿Pero cómo sabía él que tenía acreedores, y que eran numerosos?). “¿Cuán remotos nos parecen

desde aquí los afanes y las agitaciones de todos ellos! ¿No le palpita gozosa la sangre? Rejuvenezca, amigo, con este aire puro en espera de inhalar otro más puro aún. Y no sólo eso: el espacio infinito se abre para nosotros. Desde allí arriba por fin”, y señaló a la brumosa lunúcula que había quedado como olvidada en un rincón del cielo, “le impondremos a ese mundo de allá abajo nuestra voluntad, y nuestra voluntad es que sea próspero y feliz”.

En eso, con cierto alivio para mí, se oyó el lejanísimo chirrido de un águila.

“¡Escuche, escuche el feliz presagio!”, exclamó. Y, sin más ni más, seguido por mí, ingresó entre los altos acantilados de aquella suerte de circo o, más bien, pozo. Los cuales eran de los más variados y bellos colores, y aquí y allá drenaban húmedos y brillantes.

Con gran precaución atravesamos el pequeño glaciar en pendiente, providencialmente sembrado de piedras caídas de la cresta y casi todo cubierto de una especie de arcilla marrón. No hace falta que diga que el frío me atormentaba hacía ya unas horas, que de casualidad estábamos ambos con vida; sin embargo, en cuanto a él, no parecía siquiera sentir el frío.

Alcanzamos una gruta baja al pie de la pared rocosa, más bien apenas una hendidura, a la que no habría podido ingresarse más que a rastras. Aquí se detuvo mirándome con un aire triunfal. Y bien, ¿dónde podía estar la asombrosa máquina?

“Espéreme aquí”, dijo. Y se deslizó dentro de ese hueco, pero salió de inmediato hecho una furia; de un salto se me vino encima, agarrándome por los hombros, mirándome el blanco de los ojos con los suyos profundos y conmovidos y, me pareció, velados por las lágrimas:

“Estoy a punto de mostrarle a mi criatura, el fruto de largos años de estudio y de trabajo, la cosa, y bien puedo decir el ser, que más quiero en todo el mundo, mi hija visceral. Estoy a punto de revelar su escondite y ponerla, sin más, bajo su custodia. ¿Será usted digno? ¿No me traicionará? Y dado que ha llegado el momento de su decisión; dado que, como he entendido bien, usted esperaba esta prueba para juzgar si yo estaba loco o no, ahora dígame: si ella existe, ¿me acompañaría usted a la Luna? ¿Promete solemnemente hacerlo cuando haya, repito, constatado su existencia? ¿O puede haber otra cosa que lo detenga?”.

Él me miraba con una intensidad sin igual. Balbuceé no sé qué cosa, y que otra cosa no podía haber, y que le tenía una gran confianza; por último prometí formalmente hacerlo, por íntima convicción y con conciencia, aunque no sin cierta reserva mental. Él me soltó poco a poco y volvió a meterse en el hueco. Lo escuché mover piedras y hacer ruidos varios en el interior. Luego extrajo algunas de esas piedras; por fin él mismo se asomó por un momento, con la cabeza despeinada, y me invitó a seguirlo.

Era como la había descrito. Me arrastré como pude en la hendidura, la cual, ya adentro, se ampliaba y se elevaba un poquito, como para permitir una relativa libertad de movimientos, se entiende que a quien permaneciera con la panza contra el suelo; sus pies me sirvieron de guía en aquella especie de oscura alcantarilla o túnel.

Así nos arrastramos por un tramo corto como dos verdaderas lombrices, surcando con el pecho un pegajoso limo. No pensaba en nada; no veía ni un hilo de luz y estaba casi sofocado. De repente sentí que se me escapaba de las manos el zapato al cual iba agarrado con fuerza, me pareció que respiraba con más libertad y de inmediato escuché, un poco por debajo de mí y de uno de los lados, su voz singularmente amplificadas, como si estuviese en un lugar muy vasto, que decía:

“No se mueva, espere a que dé luz”.

Lo escuché revolver sordamente a una cierta distancia, y en seguida un vívido rayo de luz brilló en la penumbra. Entonces me di cuenta de que me encontraba, debo decirlo, apretujado un poco antes de llegar a una curva cerrada del túnel; la luz que me golpeaba, y que a cada instante se hacía a saltos más vívida y violenta (como si poderosas lámparas se encendieran de manera sucesiva), era por lo tanto una luz indirecta, que rebotaba en la pared curva del propio túnel y de cuya fuente no podía hacer ninguna suposición. En una palabra, mi situación,

incluso física, era la más loca, tonta y ridícula que se pudiera imaginar.

“¡No avance todavía!”, suplicaba y tronaba al mismo tiempo su voz.

¡Diablos, el buen hombre cuidaba sus efectos! Estaba ya por avanzar cuando, en el momento en que la luz comenzó a encandilarme por completo, él mismo me invitó a hacerlo.

El túnel conducía, tras un ligero salto, a una inmensa gruta que, en aquella luz clarísima, se mostraba en toda la fabulosa magnificencia de su bóveda poderosa, de sus columnas, de sus estalactitas. En las paredes había de tanto en tanto unos rudimentarios candelabros que, en lugar de antorchas, llevaban ciertos cilindros con picos, donde precisamente, con suaves suspiros y rugidos, se elevaban impetuosas llamas, producto, sin dudas, de la combustión de algún gas; ellas parecían brillantes como las llamas del acetileno, sólo que apenas azuladas; y todas juntas aclaraban el lugar como no lo habría logrado la más resplandeciente luz del sol. En el fondo había un vasto taller y un laboratorio anexo, con abundante provisión de los más variados instrumentos.

En el centro de la gruta había visto primero, y ahora contemplaba con horror más que con estupor, un gran objeto de forma extraña, desigualmente reluciente, el cual, si debo relatar sin mayores comentarios

mi primera impresión, estaba allí agachado, tranquilo, y nos miraba con mil ojos.

Mi compañero se me acercó y, mirando con aire de triunfo la expresión de mi rostro, señaló dicho objeto con ambas manos en un gesto más bien melodramático: “Aquí la tiene. Su nombre es CANCROREGINA”.

*

Desde aquel momento quedé entregado a él y a su máquina (que llamaré a partir de ahora con el nombre que él le impuso) o, diría más bien, en su poder. Para decirlo de una vez por todas, ya lo había decidido: él no era un loco, o lo era según una acepción vulgar del término, que no me interesaba. Se podía temer, sí, a la luz de la razón, que fuese un inventor, un genio, desafortunado, tal vez sólo un iluso; pero una sospecha de ese tipo ni siquiera se me pasó por la cabeza. En cuanto al acto o los actos que lo habían conducido al manicomio y de los cuales habría debido al menos temer que se repitieran, los atribuí con emotiva buena voluntad a una pasajera obnubilación y a alguna gravísima provocación; una de esas, por cierto, de las cuales el provocador mismo no es consciente, pero que son intolerables para un espíritu selecto. En conclusión, estaba confiado, ciego, no tenía duda alguna acerca de su relato.

Él se quedó arriba, luego de acompañarme hasta el mal paso, y yo regresé al pueblo con el encargo de procurar muchas cosas indispensables, en primer lugar provisiones para él mismo y para el viaje. Debía dejarlas cada noche en cierto lugar de la montaña, y él se encargaría de comprimirlas en su excelso laboratorio y de sintetizar la mayor parte de ellas según sus procedimientos, para asegurarnos de ese modo, como decía, la alimentación por años. De tanto en tanto nos encontraríamos, siempre en la montaña, para arreglos ulteriores.

Estos preparativos se anunciaban más largos que lo conveniente para nuestra impaciencia: entre ellos, muchas cosas, de hecho casi todas, las más extrañas sustancias y los más inusitados objetos, debían traerse de la ciudad. Y en efecto varios días pasaron antes de que pudiéramos sólo pensar en establecer la fecha de la partida, días que fueron para mí de una intensa fiebre. Aquellas demoras parecían reavivar mi entusiasmo antes que apagarlo: ausente del mundo, no vivía más que para la empresa, y habría querido apresurarla, al menos su inicio. Pero él, no menos impaciente que yo en su fuero más íntimo, decía de todos modos que no quería tener sorpresas y que todo debía estar dispuesto con precisión para reducir al mínimo los imprevistos; de allí que, con el cauto y metódico proceder de los hombres de ciencia, continuaba sin apresurarse con sus minuciosas preparaciones.